

¿Jubilación o júbilo divino?

La visión de Dios al comienzo del Tercer Milenio

*XABIER PIKAZA**

Entre un *Dios jubilado* y la experiencia de *Júbilo de Dios* hay, sin duda, profundas conexiones. Así los mostraré de manera condensada en las reflexiones que siguen. Ellas son como un *examen de conciencia* (expresión de una búsqueda de Dios) que realizo en voz alta, contando mi propia experiencia teológica y mi esperanza cristiana, al filo del tercer milenio. Hablo del Dios de una generación de teólogos hispanos (europeos o americanos) que tenemos en torno a los sesenta años.

No quiero ni puedo trazar un discurso triunfalista, pues son muchos los que, en nuestro entorno, piensan que *Dios se encuentra jubilado*, asumiendo así las viejas tesis del *deísmo* de algunos ilustrados del siglo XVIII. Ellos pensaban que, ciertamente, existe Dios, un tipo de poder supremo que está al fondo de la realidad cósmica, pero ignoramos su forma de ser (¿personal, no personal?), desconocemos el sentido de su actuación: no sabemos si se ocupa de nosotros, si nos ama o si nos odia. Pensando en ellos he querido trazar mi postura de un modo más biográfico y confesional que argumentativo.

* Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Algunos añaden, sin duda, como Nietzsche, que *Dios ha muerto* y les duele, pues se sienten faltos de camino, sin rumbo ni norte, sin ley ni sentido en la vida, como si ellos solos fueran su único sentido. Pero la mayoría se contentan con decir que ignoramos: no sabemos si actúa o no actúa, es como si no existiera, se encuentra jubilado. No hace falta combatirle ¿cómo combatir o negar con la fuerza a un anciano? Más aún, es muy posible que algunos lamenten su ausencia: así pueden convertir sus viejas catedrales en museos, donde se paga por entrar, admirando la ingenuidad y el arte de otros tiempos y otras gentes, crédulas, devotas, que tomaban muy en serio a Dios.

Ese Dios jubilado (*deus otiosus*, dios ocioso, le ha llamado una larga tradición religiosa) nos puede resultar incluso simpático: admiramos su ingenua prepotencia (*¡Soy el que soy!*), convertimos sus antiguas ceremonias en teatro... Ha tenido cierto poder, ha impuesto sus normas a los fieles, ha guiado a los humanos en largos caminos de historia, ofreciendo cien rostros cambiantes. Pero ahora, al fin, se ha jubilado y lo único que podemos hacer por él es ir a visitarle alguna vez al antiguo parque (al viejo templo), para darle algo de conversación y escuchar alguna de sus arcaicas leyendas.

No le necesitamos para nada, nos arreglamos bien sin él, pero tampoco nos molesta, pues está bien jubilado. Le hemos quitado todos los poderes: el libro de administración, las llaves de la casa, las cuentas del banco, el control sobre las normas familiares y morales... No le necesitamos para nada. Le recordamos sólo en sueños, en los viejos recuerdos, en los libros ya grises del tiempo. Ni los políticos le nombran, ni los trabajadores le necesitan. Sabemos que no es él quien manda la lluvia, ni cura a los enfermos, ni trae a los niños, ni acoge a los muertos. Un jubilado de honor, ese es Dios para gran parte de nuestros contemporáneos.

Ese es *Dios jubilado* de muchos de nuestros contemporáneos. Pues bien, cambiando el sentido de la palabra, quiero hablar ahora del *júbilo* de Dios, en línea israelita y cristiana. Dios no es un anciano, inactivo señor de otro

tiempo, que *ha salido* de nuestra circulación, sino que ha querido y quiere revelarse como aquel que *ha entrado* y entra de nuevo en nuestra vida, introduciendo en ella un aire de fuerte júbilo, una música de vida.

Este es el tema de fondo de las páginas que siguen, que divido en dos mitades. La primera trata del pasado y la presento en forma de *recuerdo personal*: lo que ha sido Dios en mi experiencia teológica en los últimos treinta años. La segunda evoca el futuro y lo hace a modo de *propuesta eclesial*: digo lo que pienso y siento que ha de ser Dios, como principio jubiloso de amor, conforme al testimonio de la Biblia.

He querido que la primera parte sea más personal (siendo, como es, más teórica) y la segunda más abierta al diálogo social (siendo, como es, más comprometida con la historia). El lector atento sabrá disculpar las referencias eruditas de la primera parte, quizá demasiado centradas en mi propia producción teológica. Pero he supuesto que reflexiones pueden ayudarle a buscar lo que otros hemos buscado y a sentir lo que otros hemos sentido ante el rostro gozoso de aquel Dios a quien estamos esperando.

I. RECUERDO PERSONAL. LOS TRES ÚLTIMOS DECENIOS DE DIOS

He centrado gran parte de mi investigación teológica, iniciada a mediados de los años sesenta, en el estudio de Dios, especialmente en el aspecto trinitario. Por eso, haciendo memoria de mis lecturas y publicaciones, a lo largo de los últimos decenios, puedo evocar algunos pasos principales de la teología hispana (y de alguna forma europea y americana) en referencia al misterio de Dios.

Defendí mi tesis doctoral en Teología Dogmática, el año 1966, comenzando luego a estudiar Sagrada Escritura en el Bíblico de Roma. Llevaba en mis espaldas teológicas mucha escolástica, buscaba al Dios de los profetas

y de la primera iglesia. Sigo siendo heredero de aquello que llevaba y buscaba. Desde entonces he recorrido muchos caminos, que ahora presento desde mi propia perspectiva, resaltando aquello que Dios ha sido y es en mi experiencia. Divido el tiempo en tres decenios (de 1970 al 2000), que deben tomarse en un sentido aproximado. Tres han sido mis centros de interés y cada uno corresponde a uno de ellos.

1. Primer decenio, los años setenta. Superación de la escolástica.

Ese decenio siguió marcado por la tesis doctoral, antes citada, sobre la *Dialéctica de la Caridad y la Trinidad* en Ricardo de San Victor, que defendí en la Universidad Pontificia de Salamanca. Aquel trabajo se expandió, más tarde, en una serie de estudios académicos de tipo bíblico y dogmático, centrados en torno al misterio de Dios. Como la mayor parte de los teólogos hispanos, yo provenía de la escolástica y había estudiado con cierto interés el problema de la búsqueda y sentido de Dios en los grandes filósofos de la modernidad. En el fondo, pensaba que los tratados básicos de la teología podían resolverse con una mayor precisión conceptual, superando los problemas que la escolástica había dejado pendientes. Lógicamente, en 1974 acepté la cátedra de Teología Trinitaria (Misterio de Dios) en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Me habían influido de un modo especial los planteamientos respectivistas de Amor Ruibal, que situaba las categorías de la relación y encuentro en el centro de la ontología, y las nuevas tesis de X. Zubiri, que, en su libro *Sobre la Esencia*, intentaba superar el pensamiento esencialista, centrado en la substancia, para entender las diversas realidades desde la perspectiva de la *sustantividad*, es decir, de la mutua implicación de notas (de elementos o personas) de la realidad. Seguía pensando que el problema básico era de tipo racional: precisar el carácter ontológico de Dios y de la Trinidad.

De todas formas, los estudios bíblicos me fueron ayudando a superar esa perspectiva ontológica, centrada en el puro de ser de Dios, llevándome a elaborar una teología de tipo más positivo, centrada en la experiencia de los grandes testigos de la tradición, aunque en el fondo mis preocupaciones seguían siendo escolásticas, en el sentido radical de la palabra. Sin darme cuenta de ello, continuaba interpretando el misterio de Dios en categorías de pequeña escuela filosófica, separada de la vida real, que marchaba por otros caminos, en búsqueda de felicidad y amor, de seguridad y dinero. Muchos de mis compañeros teólogos maduros, que actualmente tienen entre 55 y 70 años, se sentirán reflejados en este camino teórico.

Nos sentíamos libres, impulsados sólo por la honradez cristiana y la búsqueda de la verdad. Sin embargo, en su origen, mi (nuestra) visión de Dios no lograba superar los planteamientos escolásticos: buscábamos las pruebas de la existencia de Dios (en línea tomista o kantiana, escotista o cartesiana), queríamos trazar su esencia y propiedades, superando así un tipo de racionalismo filosófico. Pero seguimos inmersos en un contexto intelectual de tipo teórico. Carecíamos de contacto con la realidad; nos faltaba el estudio del amor como tema y camino fundante.

Nos pensábamos protagonistas de una gozosa aventura teológica, alentados por lo que entonces se llamaba el *nuevo pentecostés*, una experiencia fuerte de esperanza y misterio. Pero, al mismo tiempo, por fuerte paradoja, en la medida en que superábamos la escolástica, seguíamos amenazados por los riesgos de un *existencialismo individualista* (propio de algunos herederos de Bultmann), que nos separaba de los compromisos sociales. Nos sentíamos también mal defendidos ante el riesgo de una *teología de la secularización*, quizá mal entendida, muy relacionada con el pensamiento y experiencia de la *muerte de Dios*. Nos costaba entrar en el camino de un amor que es del todo secular siendo totalmente sagrado, pues vincula en unidad total, individual y social, mundana y teológica, a Dios y a los humanos en Cristo.

Proveníamos como vengo diciendo de la escolástica, es decir, de la Edad Media, pero, al mismo tiempo, nos abríamos a un mundo donde la religión había dejado de ser el impulso dominante, el eje y foco básico de la vida social. Algunos cristianos comenzaron a sentirse extraños en ese contexto, abandonando la fe: hasta entonces parecía natural que la sociedad fuera creyente, se asentara sobre la fe en Dios; desde entonces, el cristianismo vino a presentarse como un factor casi extraño, o por lo menos nuevo, separado de los principios de la vida social. Otros cristianos, especialmente dentro de la jerarquía, se dejaron vencer por el miedo y empezaron a replegarse hacia posturas de tipo defensivo, como después hemos podido advertir con más claridad.

En ese contexto, fue importante el descubrimiento del valor de la resurrección de Jesús y de la escatología como signos básicos de la existencia y presencia de Dios, tal como habían empezado a decirlos Pannenberg y Moltmann, con otros teólogos, que vinculaban a Jesús con el despliegue y cumplimiento de la vida humana. Al mismo tiempo, comenzó en Europa el diálogo de cristianos y marxista, y en América Latina se escucharon las voces de la teología de la liberación. Quizá no nos dábamos cuenta de ello, pero se estaba incubando una profunda transformación teológica: nuestra forma de entender a Dios empezó a ser más amplia, más abarcadora, aunque quizá no supiéramos formularlo. Podíamos entrar en un camino de amor¹.

¹ Publiqué un extracto de mi tesis doctoral en teología con el título *Notas sobre la Trinidad en Ricardo de San Víctor*, EstTrin 6 (1972) 63-101. Significativamente, mi tesis de filosofía (Univ. Santo Tomás, Roma 1971) se titulaba *Exégesis y filosofía. El pensamiento de Bultmann y Cullmann* y se publicó en Casa de la Biblia, Madrid 1972. El estudio de ese tema me obligó a profundizar en los movimientos existencialistas de los años 30 y cuarenta y en la teología de la historia, adelantando así unos planteamientos y problemas que se han vuelto dominantes en los decenios posteriores.

En torno a esos temas fui elaborando otros trabajos titulados *La Trinidad en el quehacer teológico actual*, EstTrin 6 (1972) 435-483; *Hacia una visión de la Trinidad partiendo del NT*, en Varios, *La Trinidad en la Biblia*, Sec. Trinitarios, Salamanca 1973, 9-71; *Trinidad y ontología. Reflexiones en torno al planteamiento sistemático del misterio trinitario*, EstTrin 8 (1974) 189-236; *La realidad divina de Jesús en el NT*, EstTrin 8 (1974) 25-72. Ofrecí un esbozo de mi teología en *Los Orígenes de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1976.

2. Segundo decenio. Los años ochenta. Crisis de la modernidad.

La teología de la liberación se hallaba latente en ciertos trabajos del Vaticano II, pero sólo en la segunda mitad de los setenta y a comienzos de los ochenta se impuso en nuestro panorama teológico, expandiéndose de forma crítica y creadora en casi todos los campos de la vida eclesial. Su impulso penetró como aire limpio dentro de un contexto donde corríamos el riesgo de quedar asfixiados en un mar de conformismo racional. Los temas de la secularización y muerte de Dios pasaron a segundo plano. El evangelio de Jesús parecía capaz de transformar la sociedad injusta, al menos en los pueblos de vieja tradición cristiana (católica); el rostro de Dios se hacía presente (se revelaba) en los pobres.

El despliegue de esa teología de la liberación coincidió en España con los años que siguieron a la caída del franquismo. Fueron tiempos de intensa labor soteriológica: hubo que fijar el sentido de términos como salvación y redención, en perspectiva teórica y práctica, destacando así los aspectos “revolucionarios” o transformadores del evangelio. Era necesario un amplio cambio social; muchos sentimos (sintieron) entonces la necesidad de *refundar la iglesia* desde la novedad del Reino de Dios, como yo mismo escuché al Cardenal Benelli, en visita que algunos teólogos le hicimos el año 1981, en su arzobispado de Florencia.

Sentíamos que empezaba un tiempo nuevo, un camino quizá largo en duración, pero fértil en respuestas creadoras; Dios parecía introducirse de forma intensa en nuestro mundo. Muchos de nosotros estábamos dispuestos a seguir a ese Dios de la liberación, y lo seguimos estando, pero, por diversas

Recogí y presenté para un público más amplio los elementos básicos de mi investigación en un libro titulado *Las Dimensiones de Dios*, Sígueme, Salamanca 1973. Lógicamente, la mayor parte de mis reflexiones de aquel tiempo han quedado sin publicar. Trataban del tema de Dios en autores diversos como Orígenes, Descartes, Kant, Hegel, Amor Ruibal y Zubiri. Recopilé una amplia información sobre Dios en *Bibliografía Trinitaria del NT*, EstTrin 11 (1977) 135-305 [= *Bibliografía Trinitaria*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978].

razones (problemática interior de la liberación, cambios sociales del entorno, actitud de la jerarquía vaticana en sus documentos de 1984 y 1985 y en sus intervenciones anteriores y posteriores), aquella teología fue entrando en crisis, al menos en los ciertos estamentos “oficialistas” de la iglesia.

Algunos piensan que este cambio se debió a una *imposibilidad práctica* (el Dios cristiano no puede ser revolucionario), otros a una *involución social* (tenemos miedo al cambio) y, finalmente, otros que parecen más enterados hablan de una *imposición jerárquica*, pues muchos obispos se sentirían amenazados por la libertad social que brota de la nueva lectura del evangelio. Lo cierto es que aquel camino pareció cerrarse y que ha venido a extenderse después un tipo de fundamentalismo eclesial entre los sectores dominantes...

No quiero ni puedo entrar en ese tipo de valoraciones, pero debo añadir que muchos tienen la impresión de que algunos grupos jerárquicos intentan “encerrar” a Dios en el redil de su iglesia, por miedo al cambio o por deseo de control. Evidentemente, las cosas no son tan simples, ni la responsabilidad de la nueva situación se debe sólo (ni primeramente) a la actitud de las autoridades vaticanas, pero es claro que a partir del final de los años ochenta se ha intensificado una extensa reacción sacral y estructural dentro de la iglesia.

Todos hablan de amor, pero es muy posible que algunos miembros de la jerarquía sólo crean en el amor controlado sacral y socialmente por ellos, conforme a los principios de una autoridad paternalista, sin duda “para bien de los interesados”. Puede haber otros que digan *amor*, pero en el fondo estén apelando a la *violencia* del propio grupo, al triunfo de una determinada clase social.

La solución no está en volver a la escolástica, de la que muchos provenimos, pero muchos piensan que se debe asegurar la identidad del cristianismo, amenazada por las “revoluciones” liberales y sociales de la

modernidad, para suscitar un tipo de neo-sacralidad eclesial, donde los cristianos se encuentren resguardados. Esta es, sin duda, una *crisis de Dios* y en ciertos lugares se piensa que debemos volver al modelo de las viejas cruzadas: siguiendo el *Dios lo quiere* de las guerras contra los musulmanes (siglo XI d. C.), sería necesario *defender a Dios*, para liberarlo de los riesgos de puro ateísmo y secularismo del ambiente. Da la impresión de que quienes así hablan buscan seguridad, les importa menos el amor o lo juzgan peligroso, secundario.

Parece que, a nivel oficial, está triunfando la línea de la seguridad institucional. Por eso, la crisis de la iglesia es una crisis interna, vinculada a su identidad como grupo constituido. Ella, al menos en el área occidental, está inmersa en un mundo adulto, que actúa como si Dios no existiera. Por eso quiere asegurar su lugar e identidad en el conjunto social. Por eso, los cambios eclesiales, que algunos interpretan como involución, no se deben a factores meramente externos, dependientes de transformaciones políticas, como serían el triunfo del neo-conservadurismo social y la *caída del muro de Berlín*, con el derrumbamiento de gran parte de los sistemas socialistas de tipo leninista (1989), sino a la misma problemática interna de la iglesia.

La iglesia oficial ha tendido a concebir a Dios en claves de poder, como sacralización de las estructuras de seguridad filosófica y social, económica y familiar. Ella concibe muchas veces su función en claves de autoridad sacral y orden establecido, en una línea de paternalismo: ella sabe y dice, ella decide y ayuda a los demás, pero lo hace desde su propia seguridad y supremacía. Es lógico que tenga miedo a los cambios sociales, por el cambio en las estructuras de poder que ellos implican.

Ciertamente, la caída de los estados marxista, del 1989, con el endurecimiento posterior de los sistemas capitalistas, ha podido hacernos pensar que la teología de la liberación estaba muerta, y sin duda lo está en alguna de sus formas antiguas. Pero su raíz evangélica sigue viva: ella

debe expresar el principio del amor de Dios en Cristo en formas de comunicación humana, que se abre en gesto de gratitud social y de liberación, hacia los más necesitados y pobres del entorno.

En contra de lo que a veces se afirma, pienso que la misma caída del muro, con los cambios políticos posteriores, ha acentuado la necesidad de una teología que responda a los principios del evangelio, apareciendo como fuente de liberación cristiana en las nuevas condiciones de nuestra sociedad industrial, desde el centro de un estado español que asume los “valores” económicos y militares de los países occidentales (Unión Europea, OTAN). Desde ese fondo quise trazar mi visión del Dios cristiano en un pequeño libro de ensayos teológicos, titulado de *Palabra de amor*. Ese libro sigue siendo para mí el mejor exponente de mi reflexión teológica a lo largo de los años ochenta².

²*Palabra de Amor*, Sígueme, Salamanca 1983, intentaba presentar el amor como *experiencia dialógica*, abierta a los diversos niveles y momentos de la comunicación. Quise allí definir a Dios como amor, y al amor como palabra, iniciando un camino teológico que aún no he culminado, pues pienso que el amor ha de expresarse en formas de no violencia y creatividad social, asumiendo y culminando de esa forma las mejores intuiciones de la teología de la liberación. En una línea más teórica se sitúa mi libro *Experiencia religiosa y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1981, que intentaba replantear el tema de Dios en perspectivas de experiencia fundamental. Más que la apertura a los problemas sociales me importaba todavía el diálogo con la racionalidad filosófica, en relación con las diversas religiones de la historia. Ese era un tema y camino que sigo manteniendo abierto, aunque debe unirse a la visión del Dios-Amor, como indicaré en las reflexiones siguientes.

Varias de mis publicaciones teológicas de esos años estuvieron también centradas en temas trinitarios, en perspectiva mariológica, cristológica o pneumatológica: *María y el Espíritu Santo*, EstTrin 14 (1981) 3-82; *El Espíritu Santo y Jesús*, EstTrin 16 (1982) 3-79; *Espíritu Santo y Salvación del hombre*, EstTrin 18 (1984) 3-91; *Hijo Eterno y Espíritu de Dios*, EstTrin 20 (1986) 227-311. Esos y otros trabajos fueron recogidos en *Dios como Espíritu y Persona*, Sec. Trinitario, Salamanca 1989 y en *Trinidad y comunidad cristiana*, Sec. Trinitario, Salamanca 1990. Fruto de aquel trabajo fue la dirección del gran *Diccionario Teológico. El Dios cristiano*, Sec. Trinitario, Salamanca 1992 (en colaboración con Nereo Silanes). Recogí la información básica sobre el tema en *Bibliografía Trinitaria del NT II (1976-1990)*, EstTrin 25(1991) 7-158 [= *Bibliografía trinitaria II*, Sec. Trinitario, Salamanca 1992].

3. Tercer decenio, los años noventa. Nueva búsqueda.

Personalmente, esta nueva etapa ha estado marcada por una larga excedencia forzosa (de 1985 a 1989), a la que ha seguido una actividad docente muy distinta, centrada en el estudio de las religiones. Es significativo el hecho de que la misma administración universitaria (=eclesial) me haya hecho cambiar de campo de trabajo. Somos muchos los que nos hallamos en la misma situación. Pero más que el tema administrativo y docente me ha importado en esos años la experiencia vital, el contacto con aquellos que de verdad me han estimulado y ayudado a elaborar mi teología.

La universidad (o por lo menos la Facultad de Teología) no parece lugar de creación teológica intensa, pues se encuentra demasiado encerrada en labores escolares. Tampoco la administración eclesial ofrece el espacio más apropiado para pensar a Dios (=pensar desde Dios), pues la jerarquía se encuentra muy centrada en la defensa de sus propias estructuras y planteamientos sociales. Todo nos permite suponer que el lugar de revelación teológica y del encuentro con Dios vuelve a ser la plaza pública, allí donde se juntan y sufren, buscan y sueñan, los hombres y mujeres de este tiempo, lo mismo que pasaba en tiempos de Jesús, que elaboró su teología en contacto directo con los marginados y pobres del entorno.

Más que la “ontología del ser” (que centró mi atención en los años setenta) me importa ya la “ontología del poder y la impotencia”, si es que vale esa palabra: quiero descubrir y valorar el poder creador de la gratuidad (=amor de Dios) y el riesgo de los poderes establecidos (incluso dentro de la iglesia). Me interesa, como he dicho, la “ontología del amor”, es decir, el descubrimiento y despliegue de la gratuidad cercana, de la comunicación personal, del camino enamorado. Significativamente, al comienzo de este último decenio de mi labor teológica escribí un trabajo sobre *El Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz* (Paulinas, Madrid 1992), donde evocaba el signo y presencia de Dios en claves de Canción Enamorada (desde el Cantar de los Cantares). Su tema y estilo de pensar (pensar amando) me sigue pareciendo básico.

De todas formas, como profesor universitario, he de explicar el tema de Dios en la historia de la cultura y en las religiones, pues he aceptado una cátedra de fenomenología y teodicea religiosa. Eso me ha obligado a situar el tema de Dios en el espacio más extenso de la búsqueda humana y del diálogo inter-religioso, interpretando el evangelio en el contexto de las grandes religiones de la historia. De esa forma, las mismas complicaciones administrativas, dolorosas en otro aspecto, dentro de una iglesia que siente dificultad en *pensar a Dios* desde la libertad y el gozo del amor cristiano, me han llevado a plantear el misterio divino desde una perspectiva de sorprendente amplitud cultural y religiosa.

He descubierto que los cambios de mi vida y de la vida de la iglesia en los últimos decenios han sido y son *una gracia de Dios*, que sabe escribir recto con renglones torcidos. Ciertamente, corro (corremos) el riesgo de sentirnos alejados de la trama administrativa de la jerarquía, caminando un poco en solitario. Pero la marcha ha merecido la pena, al menos en mi caso. Pienso que se ha abierto, se está abriendo, una puerta en la visión del misterio de Dios. Desde ese fondo entiendo los años noventa como tiempo de reajuste y división. Así lo indicaré, desde mi propia perspectiva teológica.

– *Por un lado, estamos en un tiempo de reajuste.* Ha crecido el deseo y nostalgia de lo que se considera antiguo, es decir, de las estructuras de seguridad, fundadas en un Dios concebido como principio de orden. Ciertos sectores de la teología y del pueblo cristiano quieren un retorno a lo que suponen “buenos tiempos”, a la autoridad sacral y teológica de los años preconciliares, como si nada hubiera cambiado, como si el Vaticano II no se hubiera celebrado, como si el evangelio de Dios estuviera ya explorado y conocido, de forma que sólo hiciera falta aplicarlo. Pues bien, en contra de eso, otros pensamos que se abre en este tiempo una puerta arriesgada pero intensa de evangelio; pensamos que este es un buen momento para que se manifieste el Dios de Jesús y que nosotros mismos (los cristianos de principios del tercer milenio) estamos llamados a manifestarlo.

– *Por otro, estamos en un tiempo de división.* Cada vez es mayor el número de “fieles” que se van desligando de la iglesia oficial: creen en Dios, incluso

le relacionan con Jesús, pero no aceptan la disciplina de la iglesia. Entre el retorno de algunos a lo que ellos consideran antiguo (integrismo de minorías) y el abandono de la iglesia de otros (de la gran mayoría) nos movemos. Es normal que algunos tengan miedo (especialmente dentro de los puestos de la administración eclesial) y que otros muchos piensen que es mejor andar por libre. Es doloroso que muchos, entre ellos gran parte de la juventud, hayan dejado de “practicar”, es decir, de ser cristianos al modo eclesial.

Los datos de encuestas y experiencias pastorales resultan sorprendentes. La inmensa mayoría de los jóvenes “cristianos” no encuentran sentido a la celebración actual de la eucaristía y a la forma de entender a Dios que les ofrece nuestra iglesia. Muchos de ellos piensan que la jerarquía es una mezcla de símbolo folclórico y poder establecido, que no tiene nada que ver con el evangelio. Son mayoría los que creen en Dios, pero le buscan y escuchan por libre. Es muy significativa la actitud de aquellos que se sienten a gusto con Jesús (si es que conocen su camino), pero que no le buscan a través de las estructuras eclesiales. Por más que digamos *Dios sí, iglesia también*, por más que añadamos *Jesús sí, eucaristía semanal también*, ya no nos escucha casi nadie.

Es claro que la “culpa” no es de ellos: no tiene sentido responsabilizar a los jóvenes, condenándoles por su rechazo o por su olvido, como si fueran víctimas de un sistema que les domina, de un vértigo que les absorbe, de un egoísmo y deseo de placer que les impide gustar los altos valores espirituales, que nosotros, los buenos cristianos representaríamos. Aunque fuera así (que no lo es), aunque nosotros fuéramos los buenos y ellos los perdidos, la iglesia nunca podría empezar culpándoles a ellos, porque no aceptan sus normas y liturgias, sino que debe abrirse en forma evangélica y creadora hacia todos los hombres y mujeres de la tierra.

Había concluido la sección anterior destacando la importancia de Dios como amor. En aquella situación me sigo hallando, por aquel camino deseo avanzar. El Dios de mi búsqueda teológica se encuentra vinculado, de manera cada vez más profunda, a la experiencia de gratitud y no vio-

lencia, a la opción por los pobres (especialmente los encarcelados) y a la hondura del amor enamorado. Así he comenzado a mostrarlo en mis últimas publicaciones³.

4. Breve conclusión. Tiempo de Dios.

Entre la pasión por la libertad (teología de la liberación) y el integristismo de algunos grupos cristianos se mantiene nuestra iglesia. Dentro de ella quiero

³ He citado ya mi libro sobre *El Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz*, Paulinas, Madrid 1992, que destaca el aspecto afectivo, cordial, del Dios de Jesucristo. En una línea convergente se sitúan mis restantes libros: *Antropología bíblica*, Sígueme, Salamanca 1993; *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella 1996; *Para descubrir el camino del Padre. Nueve itinerarios para el encuentro con Dios*, EVD 1998. Ellos han ido jalando mi búsqueda teológica: el primero quiere evocar la figura de un Dios creador, que está inmerso en la conflictividad histórica, pero que lo hace de forma no violenta; el segundo despliega ese tema en clave sistemática, explorando los textos básicos sobre Dios en la tradición bíblica, judía y cristiana; el tercero abre un camino nuevo de experiencia, en búsqueda de un Padre concebido como principio y signo de comunicación humana. Desde esa perspectiva he re-escrito mi libro anterior (*Experiencia religiosa y cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1981), en diálogo con las grandes religiones, titulándolo ahora *El Fenómeno Religioso. Curso fundamental de religión*, Trotta, Madrid 1999.

He aplicado y ampliado mi forma de entender a Dios en algunos trabajos más específicos, como *Comunicación de fe y fe en la comunicación: once tesis y cinco tareas*, en M. T. Aubach (ed.), *Comunicación y pluralismo. Congreso internacional de Ciencias de la Comunicación*, U. Pontificia, Salamanca 1994, 573-586; *Dios de Moisés, Dios de Jesús*, en X. Pikaza, W. Pannenberg y B. Forte, *Pensar a Dios*, 30 Semana Est. Trinitarios, Salamanca 1997, 17-92; *Jesús y Mahoma. Mesías sufriente, profeta victorioso*, en Varios, *Musulmanes y cristianos «¿Quién decís que soy yo?»*, Crislam, Madrid 1997, 171-192; *El Espíritu de Jesús y sentido de la historia*, Facultad de Teología, Cuadernos de Deusto 16, 1998, 35-66. El principio inspirador de esos trabajos es mi libro sobre el Dios de las grandes religiones que he querido titular *Hombre y mujer en las religiones*, Verbo Divino, Estella 1997.

Para una visión unitario de mi trayectoria teológica, cf, *Las Siete Palabras de X. Pikaza*, PPC, Madrid 1997; X. Pikaza, *Teología y palabra de Dios*, en J. Bosch, *Panorama de la teología española*, EVD, Estella 1999, 499-516. He ofrecido una interpretación este proceso (de la teología europea del siglo XX) en la *Introducción* a R. Bultmann, *Historia de la tradición sinóptica*, Sígueme, Salamanca 1999 y en la *Introducción* a Varios, *Salvador del mundo. Historia y actualidad de Jesucristo. Cristología fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997.

situarme, apostando por una creatividad cristiana más intensa, que no se identifica con la pasividad ni la violencia anti-estructural, sino con una nueva fidelidad al evangelio, en línea de *palabra* (diálogo universal) y *amor* (vida compartida). Esos dos términos, vividos desde Jesús, forman la clave de mi experiencia teológica. Estoy convencido de que no estamos ante el fin de la historia, como algunos han podido suponer, sino al comienzo de una etapa extraordinaria de la historia.

– *¿Fin de la historia, Dios de esta historia?* Algunos, como F. Fukuyama (*El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona 1992), han pensado que, con la ruina del marxismo, la expansión de la democracia liberal y el triunfo del sistema científico de vida en todos los lugares del planeta, ha terminado el tiempo de los cambios, el proceso conflictivo de la humanidad. Por fin, los humanos han descubierto su lugar en el mundo, han llegado a la meta final de su camino. Según eso, la visión fundante de la teología de la liberación habría fracasado: Dios se identifica en el fondo con el orden liberal moderno. No haría falta más liberación, pues ha llegado, por fin, la libertad. Ciertamente, serán necesarios algunos reajustes, habrá algunas dificultades para extender el modelo de la democracia liberal al mundo entero. Pero eso sería cuestión de detalle: la humanidad habría encontrado ya su dirección y su sentido: la herencia judeo-cristiana de libertad se habría impuesto para siempre sobre el mundo. Pues bien, en contra de eso, pienso que no es fácil saber si ha triunfado el verdadero Dios del cristianismo (y judaísmo), que es Dios de Jesús, Dios de los profetas, o más bien el ídolo impositivo de cierta visión de la modernidad.

– *Historia abierta, Dios de la libertad.* En contra de la postura anterior, pienso que la caída del marxismo y el presunto triunfo de una democracia liberal, vinculada al despliegue de este tipo de ciencia y a la economía de mercado, no supone en modo alguno el fin de la historia, sino el triunfo momentáneo de una forma impositiva y manipuladora de entender la historia. Por un lado, *la ciencia no es neutral*, sino que puede ponerse y de hecho se ha puesto al servicio de los intereses de un grupo dominante, dentro de un mundo patriarcalista (dominado por varones) y occidental (ella cultiva

los intereses de los pueblos y grupos dominantes de las naciones capitalistas). Tampoco *la democracia liberal* es neutra (igual para todos) y humanizadora, sino que se ha puesto al servicio de los intereses del capitalismo, es decir, de aquellos que poseen y/o dirigen los medios de producción y los bienes producidos, los canales de comunicación y la misma comunicación emitida por ellos. El Dios de la economía y política de mercado (de este tipo de mercado mundial) que defiende Fukuyama es un ídolo destructor, no es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, como supone ya Mt 6, 24: “no podéis servir a Dios y a la mamona”.

Eso significa que *seguimos esperando a Dios*, nosotros los cristianos de finales del segundo milenio. Pero no le esperamos en el vacío y la pura repetición de los gestos miméticos carentes de sentidos, propios de los personajes de *Esperando a Godot*, sino desde la experiencia de Jesús. Los grandes problemas técnicos y sociales de la humanidad siguen pendientes, continúa sin resolverse (sin hallar sentido o solución) el misterio de la humanidad. Pero hay una puerta abierta, el camino de Jesús. Así lo mostraremos en la segunda parte de este trabajo, dedicada a la esperanza de Dios, al Dios del reino.

II. JÚBILLO ECLESIAL. EL NUEVO MILENIO DE DIOS

He comenzado este trabajo hablando del *jubileo*, que no es jubilación, sino *júbilo de Dios*, gozo de que exista y sea Quien es, amor en sí y efusión desbordante de vida, creatividad personal, fuente de encuentro. El júbilo, entendido como alegría y felicidad, es una nota esencial del ser divino, siendo expresión y señal de su presencia, pues produce (es) gozo en aquellos que le acogen.

Desde esta perspectiva quiero expresar la alegría y gozo del ser y el actuar divino, en claves de desbordamiento vital y amor intenso. Ciertamente,

mantengo el proyecto y tensión de mis trabajos anteriores, destacando así los rasgos principales del Dios cristiano, que es *Trinidad* (misterio fundante), siendo *Comunión* de amor (que se expresa en la iglesia) y *Solidaridad* (abierta a todos los necesitados). Provengo, como he dicho ya, de la escolástica: he querido expresar la realidad del ser divino en formas conceptuales, y así quiero hacerlo todavía. Pero de un modo especial quiero insistir en la vía del amor jubiloso, entendido como lugar de revelación de lo divino.

Para hacerlo de manera más precisa he de evocar esquemáticamente algunos de los símbolos y temas que he venido desarrollando en mis trabajos anteriores: generación y relación, plenitud intra- e inter-personal etc. Al final del esquema indicaré los rasgos que me han parecido más adecuados para expresar el ser divino: gratuidad, encarnación, universalidad, para abrirme a partir de ellos a una comprensión más honda del misterio.

– *Dios es Trinidad gozosa siendo Generación y Relación*, como ha destacado la teología tradicional. Dios es *generación*, esto es, proceso de vida que fluye y se expande: así hablamos del Padre (que es fuente de todo lo que existe) y del Hijo (que acoge la Vida que el Padre le ofrece). Todo lo que existe en este mundo es *generación y corrupción*, como las leyes de física y química recuerdan: nada se crea, nada se destruye, todo se transforma, en un proceso sin principio ni fin, en que no existen personas duraderas.

Pues bien, en contra de eso, Dios se nos muestra como *Generación y Relación*: tiene un Principio, que es el Padre/Madre, una Meta, que es el Hijo. Por eso, debemos añadir que en lugar de la transformación indefinida, donde no existe nada permanente, el proceso de Dios culmina en forma de Relación, esto es, como *Encuentro* de amor, comunión de personas que se entregan gozosas una a otra. Este es el júbilo de Dios, el júbilo de todo lo que existe: ser Vida dando, recibiendo y compartiendo vida, en gesto generoso de plena comunicación y gratuidad, sin egoísmo alguno.

– *Dios es Proceso Intra-Personal*. Muchos teólogos han puesto de relieve el carácter gozoso y completo (personalizante) del ser divino, que es luz

plena y vida realizada, siendo *transparencia suma* (se conoce a sí mismo, siendo *Mente* que concibe y *Concepto concebido*) y *pleno gozo* (es *Amante* y *Amado*). De esa forma despliega y culmina su camino de maduración personal: es completo y perfecto en sí mismo, no necesita andar buscando fuera nada que le falte. Los momentos o rasgos de ese proceso de auto-conocimiento y auto-amor constituyen la verdad del ser divino, su gozo trinitario.

Este es, por tanto, el júbilo completo de Dios: gozo de ser y ser persona, saberse en transparencia y aceptarse en alegría, siendo así generosidad perfecta. Descubrir y aceptar la propia realidad, conocerse y amarse, esta es la alegría suprema que define el ser divino: nada necesita, pues lo tiene (=es) todo. Nada pide a los demás, no anda buscando un reconocimiento o satisfacción que le falte, pues se encuentra satisfecho de sí mismo.

– *Dios es Proceso y Comunión Inter-Personal*. Otros teólogos, quizá más numerosos que los anteriores, han puesto de relieve el carácter inter-personal del misterio: Dios no es júbilo y gozo de sí mismo simplemente por mirarse y aceptarse, sino por ser Encuentro o Comunión de amor del Padre con el Hijo, en el Espíritu. No se define como auto-conocimiento y auto-amor, en plano intra-personal, sino como despliegue y amor mutuo, es decir, inter-personal. Así decimos que el Padre conoce (=engendra) al Hijo y sólo en ese Hijo reconoce y descubre su misterio de vida. Así añadimos que el Padre ama al Hijo y viceversa, en proceso completo de donación, acogida y comunicación, en la Unidad interpersonal que forma el misterio del Espíritu.

Este es el gozo de Dios: darse a Sí Mismo (es Padre/Madre), suscitando al Otro (Hijo); recibir el propio ser (Hijo), devolviéndolo en amor (sin obligación alguna) a Aquel que me lo ha dado (Padre/Madre). Este es el júbilo supremo, la dicha perfecta y realizada: la comunicación transparente y gratuita, generosa y fecunda de las personas trinitarias.

– *El esquema anterior puede expresarse en claves de Gratuidad (Padre/Madre), Acogida (Hijo) y Universalidad (Espíritu Santo)*. Decimos que es

Padre/Madre porque en Dios no se distinguen esos dos aspectos de la donación vital, de tal forma que podemos emplear un término o el otro, según fuere conveniente, sabiendo que ninguno agota el misterio de la generosidad fundante de Dios que se da a sí mismo, entrega su propio ser, haciendo así que surja el Hijo.

Añadimos que el mismo Dios es *Hijo* en cuanto acoge y recibe el ser del Padre. Nada tiene por sí, todo lo recibe, de manera que su propio ser puede interpretarse como “pobreza” suma, que se expresa en Jesús de un modo encarnado: nada tiene por sí ni para sí, todo lo recibe, todo lo comparte, de manera que se vuelve rico desde su máxima pobreza, enriqueciendo a los pobres con y para quienes vive. Decimos finalmente que Dios es *Espíritu Santo* en cuanto comunión personal del Padre con el Hijo, abierta a todos los vivientes (universalidad).

Este último esquema (Gracia, Acogida-Pobreza, Universalidad) donde culminan los anteriores puede constituir el punto de partida de nuestra visión teológica, en la línea del *jubileo israelita* y de la *eucaristía cristiana*. Dentro del jubileo resulta esencial la libertad, el perdón de las deudas y la comunicación (reparto) de tierras: los judíos intentaron construir una comunidad ideal de hombres y mujeres libres, que despliegan y comparten de manera gratuita la posesión y frutos de la tierra. Culminando el camino del jubileo, Jesús ha fundado la eucaristía cristiana, centrada en la comunicación de los bienes más profundos, simbolizados en el pan y el vino de la mesa común y la vida compartida: unidos a Jesús, los creyentes se comprometen a ofrecer y recibir en comunión los dones primordiales (cuerpo, sangre), en gesto gratuito y gozo de generosidad.

Jubileo judío y eucaristía cristiana constituyen dos símbolos poderosos del misterio de Dios, como iremos viendo en lo que sigue. Son signos de vida, comunicación personal, gozo compartido. Ellos nos permiten enraizar la Trinidad dentro de la historia concreta de la humanidad, al comienzo del gran jubileo cristiano, que es el anuncio del Reino y la Pascua de Jesús. Para completar esos símbolos, situándolos en el transfondo de la

experiencia primordial de comunicación humana, podemos recordar las tres famosas imágenes de Dios con las que Teresa de Jesús ha culminado de algún modo su Camino hacia el Castillo Interior, en el libro de las *Moradas* (7, 2):

– *Dios es Gracia original, Madre de pechos divinos*, de los que mana Leche de Vida gozosa para todos los humanos. En ese principio de Dios, Fuente de toda realidad, estamos sustentados.

– *Dios es Amigo, es Vida en rasgos de Alteridad y Compañía*, como vemos en Jesús y descubrimos cuando interpretamos la existencia como matrimonio, encuentro de amor con el Amado.

– *Dios es Familia, Comunicación o Diálogo de amor*, de tal forma que el Padre y el Hijo habitan uno en otro e in-habitan en el alma, que así se vuelve “una misma cosa con el Padre y con Jesús”.

Estos son los rasgos que desarrollamos esquemáticamente en lo que sigue, partiendo del jubileo judío y de la eucaristía cristiana, en ejercicio de descubrimiento y reconstrucción teológica de la realidad, partiendo de la experiencia orante de Teresa de Jesús. Queremos que Dios pueda así manifestarse como fuente de gozo, canto a la vida compartida y principio de universalidad en este comienzo del Tercer Milenio.

Podrá algún lector pensar que, en lo que sigue, he dejado el discurso teológico anterior, para ocuparme sólo de pequeñas experiencias. Pienso que no es así. He querido tejer mi discurso como un intento de *re-fundación* experiencial del misterio: no quiero empezar hablando de “Dios sí, Dios no”, sino de algo anterior, del sentido y gozo de la realidad. Asumo, por tanto, lo anterior y lo re-interpreto en clave de experiencia fundante de la vida, desde un fondo de amor, como he venido ya indicando. De esa forma elaboro una breve fenomenología existencial y social del ser humano, en línea de evangelio. No demuestro nada: simplemente expongo y matizo aquello que está al fondo de la verdad del ser humano: el misterio trinitario.

Dios no es algo que está más allá, no es alguien separado. Por eso, no podemos caminar hacia Dios desde fuera de Dios, sino que le encontramos ya desde el principio, como fuente de Vida en la que nace nuestra vida, como Realidad de nuestra propia realidad. Dios no algo, no es alguien distinto: es aquello, es aquel, que nos hace ser lo que somos.

1. Dios es Madre más que Padre: Tierra divina, Don de la vida.

Empiezo hablando de amor, esto es, de *confianza básica en la vida* que se nos da y de la que nacemos. No estamos arrojados en el suelo, perdidos y angustiados sobre un mundo que carece de sentido, sino implantados y fundados en una buena Tierra, que es señal divina. Por eso, en el punto de partida de nuestra reflexión he querido situar la *ley del Año Sabático y del Jubileo*, tal como aparece en Ex 23, 10-11, Dt 15 y Lev 25: el primer signo de Dios es la misma *Tierra*, entendida como fuente y manantial del que nacemos, espacio de vida en que vivimos, seno donde en la muerte descansamos.

Nosotros, herederos de una fuerte cultura impositiva y manipuladora, tendemos a olvidar este origen sagrado (divino) de la vida, creyendo que somos un producto de nuestra creatividad violenta o de nuestro puro pensamiento. Pensamos muchas veces que todo se conquista y mantiene por la fuerza: todo se compra y vende, se comercia: nos pensamos razón absoluta, sentido y verdad de lo que existe. Pues bien, en contra de eso, en sintonía con la más honda experiencia de casi todos los pueblos antiguos de la tierra, la *norma sabática y jubilar* de la Biblia israelita nos sitúa ante un misterio superior de Vida, que está simbolizado por la Tierra, que sólo puede entenderse en forma teológica:

– *La tierra produce por sí misma*, como buena Madre. Por eso tenemos que dejarla cada siete años en barbecho, respetando así su fuerza creadora, para que produzca por sí misma sus plantas y frutos (cf. Ex 23, 10-11; Lev25, 2-7).

Ella da de sí, genera de forma generosa y abundante. Lógicamente, no podemos explotarla sin cesar, consumiendo de manera indiscriminada sus frutos: cada siete años (que son símbolo de creación originaria) dejamos que retorne a su fertilidad fundante, antes de que hubiera humanos para cultivarla, en gesto admirado, agradecido, religioso.

Lógicamente, esa tierra, en sí misma no es Dios, como sabe toda la Biblia israelita. Pero ella es el signo primero de Dios y así debemos respetarla, dejando que vuelva a su origen, cada siete años, para descubrir y agradecer mejor sus dones. Es evidente que esta ley “septenal” no puede hoy aplicarse al pie de la letra, pero ella nos recuerda que no somos dictadores voraces de los bienes de la naturaleza, sino hijos, huéspedes y amigos de la tierra. Ella, la tierra fecunda, la naturaleza cósmica, sigue siendo el primero de los signos sagrados: creer en Dios implica respetar y agradecer su tierra, como Madre primera que Él mismo nos ha dado.

– *Lógicamente, la tierra no puede “poseerse” como propiedad particular.* Ella es de todos los humanos, a quienes ofrece por igual sus frutos. Por eso, apoderarse de una parcela de esa tierra en forma exclusivista, para uso propio, en contra de sus otros hijos (de otros seres humanos), es lo mismo que adueñarse del sol o del viento, del agua o de la lluvia, que son de todos los hombres y mujeres, sean “buenos y malos”, como sabe el evangelio (cf. Mt 5, 45). En esa línea, añade la ley israelita: “La Tierra no se venderá ni comprará a perpetuidad, porque la Tierra es mía, y vosotros sois huéspedes y peregrinos” (Lev 25, 23-24).

Nosotros, europeos ricos, herederos de una fuerte tradición dominadora, hijos y nietos de aquellos que han querido “apoderarse” de la mayor parte de la tierra, en beneficio propio, expulsando o explotando en ella a sus antiguos habitantes, sentimos mucha dificultad en admitir aquella vieja ley, que concebimos como expresión de una mentalidad arcaica. Por eso nos cuesta entender a Dios, pues Dios está simbolizado en la fuente común de la tierra compartida. Lógicamente, se nos hace duro vivir de una manera solidaria, en gozo y justicia sobre el mundo. Estamos más acostumbrados al vértigo de la violencia, al gozo de la conquista económica, social o sexual;

nuestro placer son las intrigas y las guerras, de un tipo o de otro. Por eso nos resulta difícil entender y gozar el gozo de Dios, que es el júbilo de la tierra madre compartida:

– La ley pentecostal de Lev 25, 10 quiere que cada parcela de Tierra vuelva tras siete semanas de años a sus primeros beneficiarios (Lev 25, 10). Sabe esa ley que los humanos somos rapaces y vivimos en conflicto de violencia; sabe que al paso de los años crecen las desigualdades, fundadas en la suerte desigual y en el distinto carácter de los hombres y mujeres. Por eso quiere que al cabo de 49 años todo vuelva a ser como al principio: que se repartan y comparten otra vez todas las tierras, que así pueden venir a presentarse como signo del Dios Madre (Padre) que enriquece por igual a sus hijos, los humanos.

Una larga retórica eclesial, fundada en egoísmos particulares y razonamientos abstractos más que en la Biblia de Israel y en el mensaje de Jesús, ha defendido en los últimos siglos un principio de propiedad privada de la tierra y de sus bienes, que puede acabar siendo clasista. Pues bien, conforme a la experiencia original de la Escritura, esa propiedad privada de tipo clasista, que divide a los humanos en propietarios y siervos, es secundaria (es mala) y debe revisarse cada 49 años, de manera que todas las tierras vuelvan a repartirse por igual, como al principio simbólico de la historia: familia a familia, clan a clan, nación a nación... Todos los humanos reciben así un sitio, encuentran un lugar, sobre la gran Madre Tierra que ofrece su abundancia a cada uno de ellos. Esa Tierra es signo de la generosidad divina, principio de vida compartida para los humanos.

Hablar de un Dios separado de la tierra compartida, un Dios abstracto, que planea como pura ley sacral, por encima de la naturaleza y de la historia, constituye para la Biblia una falta de sentido, una blasfemia. Por eso, el problema de la religión no consiste en saber *si hay Dios o no hay Dios*, como después se ha planteado. El Dios en sí puede quedar en silencio, como sabe la Biblia israelita. La tarea “divina” está en saber cómo se sitúan los humanos ante las fuentes poderosas de la vida, ante el don sagrado de la

Tierra, que ellos reciben con amor y deben compartir con justicia y cariño.

Ciertamente, la Tierra no es Dios, pero es signo divino: principio del que nacen varones y mujeres, lugar donde comparten la existencia, unos con otros, en gesto de respeto y generosidad. Descubrir y agradecer el don de la vida, que nos viene por la Tierra (agua y viento, plantas y animales, todo el universo) es el primero y más hondo de los gestos religiosos.

Lógicamente, esa Tierra puede recibir rasgos divinos y maternos, en claves de cercanía humana. Así la ha visto Teresa de Jesús, que presenta a Dios como Fuente de vida, Pechos de madre que ofrece su propio alimento a los humanos:

[Dios Vida] Se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma..., que en ninguna manera se puede dudar..., que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se pueden excusar de decir: ¡O, *Vida de mi vida y Sustento de mi sustento!*... y cosas de esta manera.

[Pechos divinos] Porque de aquellos *Pechos Divinos*, adonde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos *rayos de leche* que toda la gente del castillo conforta, que parece que quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma,

[Río-Fuente] y que de aquel *río caudaloso*, adonde se consumió esta fontecita pequeña, salgan algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar a los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados (*Moradas 7, 2, 7*).

Están esposo y esposa (Jesús y el alma, es decir, Jesús y Teresa) bien unidos, en desposorio radical, como luego mostraremos. Desde esa unión de amor descubre Teresa el misterio original divino, que ella ha presentado en términos *vitales* (Dios es Vida de mi vida), *maternos* (Dios aparece como unos Pechos de los que brota el gozo y leche que sustenta a los humanos) y *cósmicos* (Dios es fuente original de la que brota toda al agua de gracia y existencia para los vientes de la tierra, en especial para los enamorados).

De la *Tierra Madre cósmica*, que sustenta a los humanos de manera generosa, haciéndoles iguales y hermanos, pues deben compartirla (jubileo israelita), pasamos de esa forma a la *Madre Personal divina* de Teresa de Jesús: creer en Dios es para ella una experiencia original de fe en la vida. No hay en su experiencia rasgos de imposición paterna (ley, juicio), sino principios de generación vital y materna: Dios aparece así como Fuente de la Vida, Pechos abundantes, acogedores y gozosos, que alimentan a todos los humanos, no sólo al alma interna, sino a “la gente del castillo”, es decir, a las potencias y facultades corporales.

Al hablar de esta manera, Teresa no establece un argumento conceptual, filosófico o científico, sino que presenta una experiencia vital. Toda la filosofía y ciencia resultan posteriores, secundarias, lo mismo que la teología escolar. Incluso el nombre *dios* es posterior, de manera que puede evitarse, si alguien lo siente impositivo, apresurado. Teresa habla de algo anterior a todo concepto y razón: habla del gozo de Ser, de saberse acunada en la Vida, del misterio de esos “pechos divinos” que nos amamantan para siempre.

Así conserva y valora, en clave teológica, unos signos de *infancia*: como niño que vive de la madre, así se siente y sabe el ser humano; no está arrojado sobre el mundo, no se siente perdido y expulsado sobre un páramo infinito, sino que se descubre sustentado, acariciado, bien fundamentado en el ser de lo divino. Sólo así podemos hablar de Dios, presentándole como Fuente de la Vida, cuerpo bello y fecundo de madre (más que padre), centrado en unos pechos.

Ella, la Mujer Divina, Gran Madre, puede llamar y decir a sus hijos los humanos: *¡Tomad y bebed, este es mi pecho!*, este es mi cuerpo, esta es mi sangre (=leche), la Vida de vuestra vida, el Sustento de vuestro sustento. Por eso, la primera forma de agradecer el don de la existencia es simplemente acogerla (=recibir la leche de los pechos divinos) y vivir, nada más y nada menos que vivir. Esta es la primera y más honda *eucaristía*: agradecer

la vida, viviendo de una forma apasionada, pudiéndolo decir y diciéndolo, si hubiera ocasión para ello: *¡Gracias, Padre/Madre por la vida!*

Saber recibir la vida, reconocer su gracia, responder de una manera agradecida, eso es la eucaristía. Así lo ha expresado Jesús, a quien podemos llamar Mesías de esa “diosa madre” de la vida, que ha querido ofrecernos su cuerpo y su sangre para que lo compartamos: *¡Tomad, esto es mi cuerpo! ¡Bebed, esta es mi sangre!* Quizá pudiéramos presentarle como *maternidad encarnada*, portador de una vida que se expande y comparte.

En ese sentido, más que los signos maternos (paternos) destacan en Jesús los amistosos y esponsales, como pronto indicaremos. Pero ahora, conforme al estilo de nuestra exposición, siguiendo la línea de ese hermoso texto de Teresa de Jesús, hemos querido presentarle como portador y donante de Vida, de su propia vida.

Esta es una *experiencia de amor*: quien se siente implantado en la existencia y lo dice, ese sabe que existe lo divino (Aquel que le implanta); quien se siente alimentado por los pechos de la vida, expresados en la Madre Tierra, ese sabe que hay Dios y puede invocarle como Madre. En forma simbólica podemos presentarla como Fuente de la que mana toda el agua y leche de la vida. De manera más filosófica podemos llamarla *Natura Naturans*, Naturaleza Generante de la que proviene y donde se sustenta todo lo que existe.

2. Dios Hijo y Amigo, el Dios enamorado.

He terminado el apartado anterior afirmando que Dios es, ante todo, Madre o Manantial de la que brota y surge el río de la vida, en la que nosotros existimos, apoyados en el mismo Hijo divino. La primera tarea de ese Hijo de Dios consistía recibir y agradecer la vida, en gesto de puro gozo, sin

ninguna obligación, como niño que recibe el pecho de la madre. Pues bien, la segunda es nacer del todo, ir creciendo, hasta alcanzar autonomía y separarse, de algún modo, de la Madre, vincularse de otro modo a ella. Así nos hace Dios, así nos quiere en un proceso en el que podemos distinguir tres momentos:

– *Ser Madre es querer que el Hijo nazca*, que logre hacerse independiente, valiendo por sí mismo. De esa forma, utilizando el sentido usual de las palabras, podemos afirmar que la Madre se hace Padre (fuente de ley y modelo de vida, exigencia y promesa de futuro) para el Hijo. Frente al afán posesivo de una Madre/Padre posesiva, que quisiera que el Hijo fuera sólo una parte de sí misma, se alza el gesto generoso de esta Madre/Padre que se goza haciendo así que el Hijo sea diferente.

– *Ser Hijo significa, por tanto, hacerse y ser Yo mismo (=Uno mismo)*: continuar sabiendo que mi vida es Don que he recibido, pero saber, al mismo tiempo, que ella es mi Tarea, algo que sólo Yo alcanzo a realizar. Nadie puede ocupar mi puesto y sustituirme: estoy llamado (ob-ligado) a descubrir mi propio ser, recorriendo un camino que es, al menos, arriesgado. Pudiera tener miedo y pensar: sería mejor continuar en brazos de la Madre, mamando gozoso de sus pechos, sin tareas, ni cuidados... Pero entonces yo sería eternamente niño, no sería Hijo verdadero, Yo mismo. Aceptar mi diferencia y soledad con gozo, asumir la tarea de mi vida, realizándome como persona: este es el segundo momento de la vida humana, que nosotros, los cristianos, descubrimos de manera ejemplar en Jesucristo.

– *La autonomía del Hijo no implica soledad para el vacío, sino que lleva al Encuentro enamorado*. Hay un amor de Madre, que es principio de la vida; hay un descubrimiento de la propia libertad, que es el centro de la vida; pero el culmen de ella sólo puede hallarse y desplegarse en el amor enamorado, es decir, en el Encuentro personal con los demás, conforme al símbolo del matrimonio, que consiste en “dejar padre y madre, para hallar el propio ser (mi carne y sangre) al vincularme a otra persona” (cf. Gen 1, 27; Mc 10, 6-7 par).

De esa forma, la misma *generación* (expresión de amor maternal) conduce al surgimiento del Otro (del Hijo) y al *encuentro* inter-personal. En perspectiva humana, la relación generativa y esponsal han de distinguirse, puede lo contrario la corriente de la vida se cerraría en sí misma, de forma incestuosa: no es bueno que el hijo se quede fijado en la madre, clausurándose en ella de manera indefinida; es bueno que salga, que rompa el cordón, que encuentre a un amigo/a diferente, para descubrir y desplegar con él o ella la inmensa maravilla del encuentro enamorado. Dentro del símbolo divino, ambos momentos pueden vincularse y se vinculan de forma paradójica: entre el Padre/Madre divino y el Hijo divino Jesucristo se puede establecer una relación de Encuentro eterno, de gozo incesante de pareja enamorada, que la iglesia identifica con el Espíritu Santo.

Lógicamente, nosotros no podemos repetir sin más el despliegue trinitario, pues Dios es perfecto en su proceso (que es, al mismo tiempo, generación y encuentro enamorado), mientras que nosotros vamos recibiendo, buscando y alcanzando esa perfección en un proceso biográfico, marcado por el nacimiento, la apertura hacia los otros y la muerte: el camino del amor personal no nos devuelve de nuevo hacia la Madre, sino que, apoyándonos en ella, nos conduce hacia el amado. A pesar de eso, el principio y modelo trinitario se nos vuelve cercano en Jesucristo, a quien vemos como Hijo, es decir, como Aquel que ha realizado su proceso de amor divino en forma humana, sobre nuestro mismo suelo, expresando en forma enamorada (para todos los humanos) el Encuentro eterno del amor divino.

Desde el amor de Dios ha nacido Jesús, para realizarse de manera personal (divina), como Hijo, en apertura a los más necesitados y en amor gozoso y arriesgado, liberador, hacia todos los humanos. Para entender su tarea podemos y debemos acudir nuevamente a los principios del jubileo, que aquí se expresan sobre todo en gestos de libertad, como muestra la experiencia israelita:

– *El jubileo es ante todo una experiencia de libertad*: “seis años te servirá un esclavo, el séptimo lo dejarás ir libre” (Ex 20, 2). Este tiempo final es el año verdadero, espacio de humanidad, para el desarrollo personal. Por eso, toda forma de esclavizamiento o sumisión perpetua, de opresión del hombre por el hombre, resulta contraria al designio de Dios: creer en Dios implica garantizar y promover la libertad entre todas las personas..

– *El jubileo es experiencia de perdón*: “cada siete años harás la remisión; todo acreedor perdonará la deuda de aquellos que le deben algo” (Dt 15, 1-2). Libertad con deudas es mentira. Ciertamente, hoy no hay esclavos (en teoría jurídica), pero existen millones de deudores: personas que dependen económica y vitalmente de los otros. Por eso, la experiencia de libertad se amplía y expresa en forma de exigencia de perdón de las deudas: sólo donde nadie debe nada a nadie (más que el puro amor gratuito) hay revelación plena de Dios sobre la tierra.

Estos son los principios del jubileo israelita que permiten garantizar la existencia del otro, en plano personal (libertad) y social (perdón de las deudas). En ellos se expresa el valor del ser humano, a quien debemos concebir como alguien capaz de asumir la propia vida (su responsabilidad personal) y realizarse libremente, sin que otros decidan en su nombre, pero en apertura gozosa y total hacia ellos..

Sólo de esta forma, como ser autónomo, responsable de su propio camino (destino), el humano puede llamarse en plenitud Hijo de Dios. Por eso, creer en Dios, desde una perspectiva israelita, significa asumir el compromiso de la libertad, tanto en plano personal como social (económico).

Esta actitud y compromiso, que brota del jubileo israelita, es necesario, pero en sí mismo resulta insuficiente, porque la libertad sólo es verdadera si hay amor. Lógicamente, Teresa de Jesús ha desarrollado en esa perspectiva la visión de Dios como amigo, la fe como sponsales:

- [Eucaristía] Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio... A esta persona de quien hablamos (=Teresa de Jesús) se le representó el Señor, *acabando de comulgar*, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, y le dijo que
- [Matrimonio] era ya tiempo de que sus cosas (de Jesús) tomase ella por suya y Él tenía cuidado de las tuyas (de Teresa) (*Moradas 7, 2, 1*).
- [Pascua] Aparece el Señor en este Centro del Alma sin visión imaginaria, sino intelectual..., como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo "pax vobis" (*Moradas 7, 2, 3; cf. Jn 20, 21*).

Esta es una experiencia eucarística cristiana y desborda el nivel del jubileo israelita: es comunión de cuerpo y sangre (*¡Comed, es mi cuerpo! ¡Bebed es mi sangre!*), de vida profunda, que sólo en amor total puede entenderse. La misma eucaristía se expresa en claves esponsales, conforme al simbolismo israelita de la alianza (*¡Yo seré vuestro Dios, vosotros seréis mi Pueblo!*), que aquí despliega en claves personales: Jesús da su cuerpo a Teresa, es decir, se ocupa de sus cosas; Teresa da su cuerpo a Jesús, es decir, se ocupa de sus cosas. Pero este es un desposorio de comunicación completa, pues cada persona ofrece su esencia a la otra.

Evidentemente, eucaristía y matrimonio divino reciben su sentido y plenitud desde la Pascua, como expresión de la presencia de Jesús resucitado, según muestra Teresa de Jesús, pero ellos han de expresarse y expandirse en toda la vida del cristiano, que así toma formas *esponsales*, es decir, de comunicación personal y gratuita, a nivel de cuerpo y alma. Únicamente de esa forma, así pasamos de la *infancia* (el ser humano niño recibe la vida de Dios madre) a la *madurez*: sólo es humano verdadero, en plenitud, aquel o aquella que puede compartir y comparte la vida, en donación gratuita y gozosa, en acogida agradecida y plena.

Quien así entrega su vida y la recibe del otro, descubre el *placer* de la existencia, vinculado al gozo del mismo Dios, que se nos muestra en Cristo como Hijo pleno, Dios enamorado. Ciertamente, Jesús es Mesías y Señor, Hijo de Dios y Redentor del mundo. Pero él sólo ha podido expresar y

realizar su señorío mesiánico y divino en forma de *amor enamorado*: así ha escuchado y respondido, ha recibido y compartido la vida con los hombres y mujeres de su entorno.

Del *Dios materno* que cuida generosamente a los humanos (sus hijos) venimos ya al *Dios sponsal y fraterno*, que goza en amar y ser amado, en formas de cercanía y comunicación intensa, que culminan por Cristo en el símbolo eucarístico: sólo un hombre o mujer enamorado/a puede pedir *¡come, bebe, esto es mi cuerpo!* Lo que él ofrece no es ya el cuerpo de la Madre divina (pechos abundosos, manantial de leche), sino el cuerpo del amigo/a, que camina en sintonía con nosotros, que sufre a nuestro lado y que nos pide pan o una palabra de cariño, casa o dignidad.

Jesús se ha vuelto así *cuerpo que da* (se da a sí mismo: eucaristía) y *cuerpo que pide* (quiere que le alimentemos y acojamos en los pobres: cf. Mt 25, 31-46). El Dios de Jesús no se revela, por tanto, en los grandes principios que tratan de la totalidad social, que pueden ser manipulados, al servicio del sistema o del estado; tampoco en la intimidad de la pura conciencia, sino la comunión concreta de amor entre los hombres y mujeres de la tierra. Por eso, el símbolo supremo del Dios Hijo en el mundo es el pan y vino compartido: la solidaridad concreta de los hermanos y amigos.

El Dios de la Eucaristía cristiana asume los principios del jubileo judío (libertad, perdón de las deudas), pero avanza en una línea de comunicación humana muy concreta y muy abierta, que se expresa en los momentos básicos de la comida fraterna y sponsal, que son símbolos de cuerpo (pan) y donación gozosa y fuerte de la vida (vino). Este es un misterio de intimidad (Jesús es un Dios enamorado), pero es una intimidad que se expande y comparte entre muchos, haciendo así posible un cuerpo más extenso de hermanos y amigos, en torno al pan y al vino.

Del *Dios que da a su niño pecho* (=Dios madre, ya evocada), pasamos así al Dios de personas maduras (varones y mujeres), capaces de compartir *el*

alimento sólido del pan y el vino (cf. 1 Cor 3, 2), en gesto libre de comunicación, que se expresa en Jesucristo. En el fondo de este *Dios amigo* que es Jesús sigue alentando el Padre/Madre, que le ha enviado y le sostiene, pero ahora se ha vuelto Padre/madre enamorado/a, esto es, amigo del alma.

Ciertos estamentos de la iglesia han tenido miedo al amor, transformando de esa forma el celibato o castidad religiosa (que debía ser amor más fuerte) en simple represión. Les ha parecido a veces que el amor enamorado es peligroso y han tomado sobre sí la tarea de organizarlo, acabando a veces por reprimirlo. Ciertamente, el camino del amor de Dios en Cristo no es sencillo, en el sentido de banal, sino gozoso y arriesgado, tenso y creador, de tal manera que sólo quien se atreve a recorrerlo (con el riesgo de poder equivocarse) puede al fin hallarlo.

La iglesia que se sabe y es *Madre y Maestra* ha de bajar de la altura de su seguridad, para compartir con los humanos el camino del amor, haciéndose *Amiga y Compañera*, como fue Jesús. El amigo no empieza juzgando, sino que escucha; no da lecciones, sino que acompaña y anima, según su propia experiencia. La iglesia del Jesús enamorado, Dios que se abre en amor cercano a todos los humanos, en gesto de justicia, debe iniciar aquí una nueva etapa de su historia. Desde este fondo ha de asumirse la tarea no cumplida de la teología de la liberación. Y con esto pasamos al próximo apartado.

3. Dios Familia. Jubileo, Eucaristía y Trinidad

Hemos dicho ya lo esencial. Por eso, podemos ser aquí más breves. Empezaremos recordando el tema del *Dios jubilado*. Suele decirse ahí que *Dios es aquel con el cual y sin el cual todo es lo mismo*, pues no influye en nuestra vida su existencia o falta de existencia (todo sucede como si Él no existiera). En el baúl de los recuerdos viejos le tenemos, para las ceremonias oficiales (bautizos, bodas, entierros) le llamamos, en iglesias que son

más museos que casas donde el pueblo común pueda compartir la experiencia de la vida, con el pan y vino de Jesús.

Las reflexiones y experiencias anteriores han querido mostrar que el verdadero Dios no se encuentra jubilado, pues aparece y actúa como Madre fundante de la vida y como Amigo/Esposo universal, en Cristo. No es un poder que podamos imponer a los demás por fuerza, ni una ley social que quiere resguardar a los humanos impidiendo que cometan equivocaciones. No se encuentra fuera, en los bordes de la vida, ni se esconde en aquellos agujeros negros que aún no hemos logrado explicar de nuestro cosmos... Al contrario, el Dios de quien hablamos se encuentra en el mismo centro de la vida: en su origen materno (Padre), en su camino de amor (Hijo), en su proyecto de familia (Espíritu Santo).

Hemos venido suponiendo que los dos rasgos anteriores se unifican, en clave trinitaria: el mismo Dios es Madre fundante, que nos hace ser, y es Amigo que comparte nuestra vida, haciéndonos capaces de dar y recibir en amor enamorado. Podemos y debemos afirmar, con la tradición de la iglesia, que son *dos personas* (una es Padre/Madre, otra es Hijo/Amigo), siendo el mismo Dios Excelso, a quien concebimos a manera de amor transcendental (valioso en sí mismo) que ha querido expresar y realizar su misterio entre nosotros (como amor humano), en forma de comunión definitiva (Espíritu Santo).

Hemos aludido también a la famosa *ley cósmica* que dice “nada se crea, nada se destruye, todo se transforma, en incesante proceso de generación y corrupción”, pues la muerte de una realidad es nacimiento para otra. En contra de eso, hemos trazado una *ley sagrada*, que nos lleva a descubrir y venerar unas personas divinas en el fondo del gran proceso cósmico: no todo se crea y destruye, pues el Padre/Madre permanece y es divino (precisamente Padre/Madre) dando todo lo que tiene; lo mismo podemos afirmar del Hijo. Por eso, en el lugar de la constante destrucción situamos el Espíritu Eterno del amor divino.

Esto significa que Dios no es un proceso indiferente donde fin y principio son lo mismo, sino *encuentro personal*, donde la Madre/Padre es divina dando todo lo que tiene y el Hijo es divino acogiéndolo y compartiéndolo con sus hermanos dentro de la historia. Sólo así ha podido presentarse como Espíritu de vida compartida, Comunión personal abierta a todos los humanos. Estos son sus rasgos principales:

– *El Dios Espíritu es Don, Regalo mutuo*: la Vida recibida, agradecida, devuelta y compartida. Nada es en Dios obligación, nada es destino: todo es regalo, generosidad perpetua. Esto es creer en Dios: superar el nivel de la “mamona” donde todo se compra y se vende por negocio, para adentrarse en el camino y meta de la vida compartida en forma de regalo.

– *El Espíritu es Regalo personal compartido*. Lo que el Padre/Madre da no es algo extraño, se da a sí mismo; lo mismo sucede con el Hijo. No hay un Ser de Dios al exterior de este Regalo común, que es el mismo Espíritu santo, que es Persona siendo Amor mutuo, Unión de dos personas. No dan uno una cosa y otro otra: se dan a sí mismos, dan lo mismo; por eso decimos que el Espíritu es regalo compartido.

– *El Espíritu es Regalo culminado*. Dios no es un proceso indefinido, que un día acabará (como es quizá este mundo), ni un eterno retorno, en el que todo da lo mismo, sino un *Proceso de Amor que llega hasta su meta*, esto es, que ha culminado en forma de encuentro personal. Dios se expresa y actúa en el mundo porque le falte algo, sino por superabundancia, porque quiere ofrecer a otros lo que tiene y es, en gesto de generosidad completa.

Sólo esta visión del Dios trinitario nos permite hablar de una *escatología* que no es signo de un giro errante de las cosas, ni búsqueda sin fin de aquello que vendrá al futuro. Dios es camino culminado donde nosotros culminamos, de forma que el estado que la tradición ha solido llamar *cielo* es el mismo Encuentro final (liberador y enamorado) de los humanos entre sí, con y en el misterio trinitario. El despliegue de la comunicación perfecta

y plena, en plenitud pascua: Dios para siempre, todo en todos, en formas de regalo de amor, eso es el cielo.

Así lo ha mostrado el judaísmo, cuando los profetas (especialmente el Segundo Isaías: Is 41-56) han interpretado el jubileo en forma escatológica: la tierra compartida (Lev 25) se ha vuelto para ellos el símbolo de la nueva tierra y nuevo cielo, donde los salvados comerán y beberán unos con otros (unos de otros), en gozo fuerte, en comunicación perfecta. Lógicamente, Teresa de Jesús ha interpretado este motivo en forma trinitaria:

- [Apóstoles] Orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles (Jn 17, 21), dijo que fuesen una cosa con el Padre y el Él, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en Él.
- [Universalidad] ¡No sé que amor puede ser mayor que este! Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque así dijo Su Majestad: “No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también” y dice “yo estoy en ellos” (Jn 17, 20.23) (*Moradas 7, 2, 9-10*).
- [Servicio] ¿Sabéis que es ser espirituales de veras? ¡Hacerse esclavos de Dios!... Así que, hermanas, para que (vuestra vida) lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas (las hermanas) y esclava suya (de las hermanas), mirando cómo o por dónde las podéis hacer *placer* y servir... (*Moradas 7, 4, 9*).

Pasamos así del matrimonio (unión íntima del creyente con Jesús con otro creyente) a la comunidad más extensa de la iglesia, representada por los apóstoles. En ellos habita la Trinidad, siendo ellos son signo de Dios sobre la tierra. Esto es creer en Dios, expresar su misterio: abrirse en comunión de amor y de servicio mutuo hacia los otros.

He destacado el rasgo de la *universalidad*, pues en esta comunión que brota del Jesús enamorado *entran todos*, como expresamente afirma Teresa, re-interpretando el texto de Juan (17, 20) de manera universalista. De esta forma se ha expandido la familia divina: el Dios que aparecía primero como

madre y luego como amor enamorado viene a desvelarse en forma abierta, a modo de comunión donde los humanos se sirven unos a los otros, descubriendo y desplegando así el *placer* de la existencia compartida, envuelta en gloria.

En este contexto se puede evocar uno de los *iconos* teológicos más conocidos: la Trinidad de Rublev y de tantos otros artistas orientales, donde se evoca la escena de los “Convidados de Mambré” (Gen 18, 1-15): tres seres divinos caminan por la tierra como peregrinos; Abraham les invita a comer y ellos se sientan, compartiendo la vida y la comida. Así los ha visto el pintor, así los ha venerado la iglesia: sentados a la mesa, en torno a un plato de Cordero (que es el signo de la entrega amorosa de Jesús), que puede estar simbolizado también por el pan y vino compartido.

Son tres, como ángeles del cielo, peregrinos por la tierra, sentados a la mesa, vestidos de bellos colores, dialogando, en gesto de felicidad completa. Ellos representan la belleza de Dios, la gloria que esperamos y se expresa ya (anticipada y fuerte) en la mesa compartida de Jesús. La familia humana, reunida a la mesa, en gesto de comunicación vital y personal, de palabra y comida: este es el signo trinitario supremo de la iglesia, esta es la iglesia.

Por eso, la Trinidad cristiana es misterio de gozo y de gloria, del gozo y la gloria que mana del ser fundante (Madre) y se expresa en la vida compartida (unión de Padre/madre con el Hijo, en el Espíritu), superando así todo egoísmo y toda muerte. De esa forma, en el amor, se expresa el misterio de Dios.